

CAPITULO III

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Constituidos, por una parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones; constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo mismo santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido Tabernáculo, para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo; que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna para los que tienen hambre, sabiduría para los ignorantes, para los extraviados camino; que estuviera llena de advertencias y de lecciones para los poderosos, y para los pobres llena de amor y de misericordias; una autoridad puesta en tan grande altura que pudiera hablar á todas con imperio, y sobre roca tan firme que no pudiera ser contrastada por las alteradas ondas de este mar sin reposo; una autoridad fundada directamente por Dios, y que no estuviera sujeta á los vaivenes de las cosas humanas; que

fuera á un tiempo mismo siempre nueva y siempre antigua, duración y progreso, y á quien asistiera Dios con especial asistencia.

Esa autoridad altísima, infalible, fundada para la eternidad, y en quien se agrada Dios eternamente, es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, Cuerpo místico del Señor, Esposa dichosa del Verbo, que enseña al mundo lo que aprende de boca del Espíritu Santo; que puesta como en una región media entre la tierra y el cielo, cambia plegarias por dones, y ofrece perpetuamente al Padre, por la salvación del mundo, la Sangre preciosísima del Hijo en sacrificio perpetuo y en perfectísimo holocausto.

Como quiera que Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y entrando después en su perfecto reposo, dejarla expuesta á las injurias del tiempo, vano asunto de las disputas del hombre. Por esa razón ideó eternamente su Iglesia, que resplandeció en el mundo en la plenitud de los tiempos, hermosísima y perfectísima, con aquella alta perfección y soberana hermosura que tuvo siempre en el entendimiento divino. Desde entonces ella es, para los que navegamos por este mar del mundo que hierva en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente. Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde, nuestro primer origen y nuestro último fin, en qué consiste la salvación y en qué la condenación del hombre; y ella sola lo sabe; ella gobierna las almas, y ella sola las gobierna; ella ilumina los entendimientos, y ella sola los ilumina; ella endereza la voluntad, y ella sola la endereza; ella purifica y enciende los afectos, y ella sola los enciende y los purifica; ella mueve los corazones, y sola los mueve con la gracia del Espíritu Santo. En ella no cabe ni pecado, ni error, ni flaqueza; su túnica no tiene mancha; para ella las tribulaciones son triunfos, los huracanes y las brisas la llevan al puerto.

Todo en ella es espiritual, sobrenatural y milagroso: es espiritual, porque su gobierno es de las inteligencias, y porque

las armas con que se defiende y con que mata son espirituales; es sobrenatural, porque todo lo ordena á un fin sobrenatural, y porque tiene por oficio ser santa y santificar sobrenaturalmente á los hombres; es milagrosa, porque todos los grandes Misterios se ordenan á su milagrosa institución, y porque su existencia, su duración, sus conquistas son un milagro perpetuo. El Padre envía al Hijo á la tierra, el Hijo envía sus Apóstoles al mundo y el Espíritu Santo á sus Apóstoles; de esta manera, en la plenitud como en el principio de los tiempos, en la institución de la Iglesia como en la creación universal, intervienen á la vez el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Doce pescadores pronuncian las palabras que suenan misteriosamente en sus oídos, y luego al punto es conturbada la tierra: un fuego desusado arde en las venas del mundo; un torbellino saca de quicio á las naciones, arrebatá á las gentes, trastorna los Imperios, confunde las razas; el género humano suda sangre bajo la presión divina; y de toda esa sangre, y de toda esa confusión de razas, de naciones y de gentes, y de esos torbellinos impetuosos, y de ese fuego que circula por todas las venas de la tierra, el mundo sale radiante y renovado, puesto á los pies de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

Esa mística ciudad de Dios tiene puertas que miran á todas partes, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Republicanam agnoscimus mundum*, dice Tertuliano. Para ella no hay bárbaros ni griegos, judíos ni gentiles. En ella caben el escita y el romano, el persa y el macedonio, los que acuden del Oriente y del Occidente, los que vienen de la banda del Septentrión y de las partes del Mediodía. Suyo es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina, suyo el Imperio universal y el universal sacerdocio: tiene por ciudadanos á Reyes y Emperadores; sus héroes son los mártires y los santos. Su invencible milicia se compone de aquellos varones fortísimos que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros Senados y en sus santísimos Concilios. Cuando

sus Pontífices hablan á la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.

Esa Iglesia, puesta en el mundo sin fundamentos humanos, después de haberle sacado de un abismo de corrupción, le sacó de la noche de la barbarie. Ella ha combatido siempre los combates del Señor; y habiendo sido en todos atribulada, ha salido en todos vencedora. Los herejes niegan su doctrina, y triunfa de los herejes; todas las pasiones humanas se rebelan contra su Imperio, y triunfa de todas las pasiones humanas. El paganismo pelea con ella su último combate, y ella rinde á sus pies al paganismo. Emperadores y Reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires. Pelea sólo por su santa libertad, y el mundo le da el Imperio.

Bajo su Imperio fecundísimo han florecido las ciencias, se han purificado las costumbres, se han perfeccionado las leyes, y han crecido con rica y espontánea vegetación todas las grandes instituciones domésticas, políticas y sociales. Ella no ha tenido anatemas sino para los hombres impíos, para los pueblos rebeldes y para los Reyes tiranos. Ha defendido la libertad, contra los Reyes que aspiraron á convertir la autoridad en tiranía; y la autoridad, contra los pueblos que aspiraron á una emancipación absoluta; y contra todos, los derechos de Dios y la inviolabilidad de sus santos Mandamientos. No hay verdad que la Iglesia no haya proclamado, ni error á que no haya dicho anatema. La libertad, en la verdad, ha sido para ella santa; y en el error, como el error mismo, abominable; á sus ojos el error nace sin derechos y vive sin derechos, y por esa razón ha ido á buscarle, y á perseguirle, y á extirparle en lo más recóndito del entendimiento humano. Y esa perpetua ilegitimidad, y esa desnudez perpetua del error, así como ha sido un dogma religioso, ha sido también un dogma político, proclamado en todos tiempos por todas las potestades del mundo. Todas han puesto fuera de discusión el principio en que descansan; todas han llamado error, y han despojado

de toda legitimidad y de todo derecho al principio que le sirve de contraste. Todas se han declarado infalibles á sí propias en esa calificación suprema; y si no han condenado todos los errores políticos, no consiste esto en que la conciencia del género humano reconozca la legitimidad de ningún error, sino en que no ha reconocido nunca en las potestades humanas el privilegio de la infalibilidad en la calificación de los errores.

De esa impotencia radical de las potestades humanas para designar los errores ha nacido el principio de la libertad de discusión, fundamento de las constituciones modernas. Ese principio no supone en la sociedad, como pudiera parecer á primera vista, una imparcialidad incomprensible y culpable entre la verdad y el error; se funda en otras dos suposiciones, de las cuales la una es verdadera y la otra falsa: se funda, por una parte, en que no son infalibles los Gobiernos, lo cual es una cosa evidente; se funda, por otra, en la infalibilidad de la discusión, lo cual es falso á todas luces. La infalibilidad no puede resultar de la discusión si no está antes en los que discuten; no puede estar en los que discuten, si no está al mismo tiempo en los que gobiernan: si la infalibilidad es un atributo de la naturaleza humana, está en los primeros y en los segundos; si no está en la naturaleza humana, ni está en los segundos, ni está en los primeros, ó todos son falibles ó son infalibles todos. La cuestión, pues, consiste en averiguar si la naturaleza humana es falible ó infalible: la cual se resuelve forzosamente en esta otra, conviene á saber: si la naturaleza del hombre es sana ó está caída y enferma.

En el primer caso, la infalibilidad, atributo esencial del entendimiento sano, es el primero y el más grande de todos sus atributos, de cuyo principio se siguen naturalmente las siguientes consecuencias. Si el entendimiento del hombre es infalible porque es sano, no puede errar porque es infalible; si no puede errar porque es infalible, la verdad está en todos los hombres, ahora se los considere juntos, ahora se los considere aislados; si la verdad está en todos los hombres aislados ó

juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones han de ser forzosamente idénticas: si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son idénticas, la discusión es inconcebible y absurda.

En el segundo caso, la falibilidad, enfermedad del entendimiento enfermo, es la primera y la mayor de las dolencias humanas; de cuyo principio se siguen las consecuencias siguientes: si el entendimiento del hombre es falible porque está enfermo, no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible; si no puede estar nunca cierto de la verdad porque es falible, esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, ahora se los considere juntos, ahora se los considere aislados; si esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son una contradicción en los términos, porque han de ser forzosamente inciertas; si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son inciertas, la discusión es absurda é inconcebible¹.

¹ Para hacer una aplicación debida de estos argumentos del autor, conviene tener presente, no tanto la historia del paganismo antiguo, como la de este otro paganismo reproducido en nuestros tiempos en aquellas sociedades y en aquellos individuos no penetrados por la saludable influencia de la Iglesia. El estrago causado por la prevaricación del primer hombre es tan profundo, que ha inducido á algunos herejes, especialmente los modernos, á proclamar como extinguido el libre albedrío, declarando por consiguiente muerta también la razón, que es uno de sus elementos integrales. Los católicos, empero, entre los cuales ocupa el Sr. Donoso tan distinguido lugar, no han incurrido nunca en estas erróneas exageraciones anatematizadas por la Iglesia; por más que al ver con espanto los terribles efectos de la humana flaqueza, y juzgando con tanta razón más necesario hoy que nunca el tenerlos en cuenta, haya querido el ilustre escritor trazarnos con su elocuente pluma este cuadro de ellos, tan digno de ser admirado.

Además, para no errar acerca de este pasaje de Donoso, adviértase que habla de la discusión en cuanto versa sobre verdades religiosas y morales, de que depende el mantenimiento del orden legítimo en el hombre, en la familia y en la sociedad; y que tiene lugar entre hombres separados de la Iglesia, privados, por lo tanto, de las luces que ella sola puede comunicar, y que no reconocen más autoridad que la de su propia razón, según se deduce del texto, y en especial de las siguientes palabras: "El día en que la sociedad, poniendo en olvido sus decisiones doctrinales (las de la Iglesia), ha preguntado qué cosa es la verdad, qué cosa es el error, á la prensa, á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas; en ese día el error y la verdad se han confundido en todos los entendimientos, la sociedad ha entrado en la región de las sombras y ha caído bajo el imperio de las ficciones." Y más adelante: "La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado el mundo del caos. La intolerancia doctrinal ha puesto fuera de

Sólo el catolicismo ha dado una solución satisfactoria y legítima, como todas sus soluciones, á este problema temeroso. El catolicismo enseña lo siguiente: "El hombre viene de Dios, el pecado del hombre; la ignorancia y el error, como el dolor y la muerte, del pecado; la falibilidad, de la ignorancia: de la falibilidad, lo absurdo de las discusiones." Pero añade después: "El hombre fué redimido", lo cual si no significa que por el acto de la Redención, y sin ningún esfuerzo suyo, salió de la esclavitud del pecado, significa, á lo menos, que por la Redención adquirió la potestad de romper esas cadenas, y de con-

cuestión la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la verdad religiosa; verdades todas primitivas y santas, que no están sujetas á discusión, porque son el fundamento de todas las discusiones.

La razón del hombre caído no es falible en todas las cosas, pues como dice Santo Tomás: *Es infalible en el conocimiento de los primeros principios y de sus inmediatas consecuencias*, y esto basta para que el humano raciocinio tenga un fundamento sólido sobre qué construir el edificio de la ciencia en todos los órdenes de cosas en que las pasiones no le turban. Esto mismo basta para que pueda demostrar con certeza las grandes verdades del orden natural, como la existencia de Dios, la espiritualidad de nuestra alma, el libre albedrío, etc., y conducir á la fe al hombre mediante el auxilio de la divina gracia. Pero esto no bastaría para conducirlo á la fe, si faltara este auxilio; y como en las presentes condiciones de la humanidad, la fe es necesaria al hombre, á la familia y á la sociedad, tampoco basta para encontrar lo que llama Donoso *la verdad política, la verdad doméstica y la verdad social*. Tampoco bastaría, por último, la razón sola aun en el orden puramente natural, pues ella, según el Angélico Doctor, no puede comunicar la verdad sino á pocos, y á fuerza de mucho tiempo, y mezclada con muchos errores *Ad ea etiam quae de Deo ratione humana investigari possunt, necessarium fuit hominem instrui revelatione divina; quia veritas de Deo per rationem investigata, paucis et per longum tempus, et cum admixtione multorum errorum hominibus proveniret.* (*Sum. Theol.*, p. I, q. I, art. 1.º) Véase también la *Summa contra gentes*, donde se explica la misma doctrina.) Donoso Cortés no dice nada más que el Doctor Angélico: afirma como él la falibilidad humana, y deduce también que los hombres necesitan el auxilio divino.

Oigamos ahora al presbítero Sr. Gaduel (*Ami de la Religión*, número del 8 de Enero de 1853): "Así—dice después de citar la última frase del trozo que examinamos—*el hombre caído no puede estar nunca cierto de la verdad; y esta incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres.* ¿No ve el Sr. Donoso que esto es la negación radical de toda natural certeza?"

Donoso Cortés no podía ver esto, atendiendo que no había aquí de los primeros principios, que siendo por sí mismos evidentes, obligan al asentimiento de la inteligencia, y sobre los cuales no discuten los hombres, ni aun de las mismas verdades religiosas universalmente admitidas, y que están fuera de toda controversia; sino únicamente de aquellas verdades necesarias al hombre para conformar su vida individual, doméstica, política, social y religiosa, con las divinas leyes; verdades que *la intolerancia doctrinal de la Iglesia ha puesto fuera de cuestión, mientras la sociedad moderna pide su definición á la prensa, á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas.*

"¿No hay, por ventura, medio—pregunta el Sr. Gaduel—entre la fe y el escepticismo?" En efecto; entre la fe y el escepticismo hay infinito número de grados, pero lógica-

vertir la ignorancia, el error, el dolor y la muerte en medios de su santificación con el buen uso de su libertad, ennoblecida y restaurada. Para este fin instituyó Dios su Iglesia inmortal, impecable é infalible. La Iglesia representa la naturaleza humana sin pecado, tal como salió de las manos de Dios, llena de justicia original y de gracia santificante: por eso es infalible, y por eso no está sujeta á la muerte. Dios la ha puesto en la tierra para que el hombre, ayudado de la gracia, que á nadie se niega, pueda hacerse digno de que se le aplique la sangre derramada por El en el Calvario, sujetándose libre-

mente hay que optar por la una ó por el otro. La verdad de la fe está establecida por todas las pruebas que se pueden aducir con la razón humana; negar esta verdad es negar el valor de esas pruebas, negar la razón misma y aun toda certeza.

"El hombre es falible en muchas cosas; luego no puede estar cierto de ninguna. ¿Qué lógica!"

Este ridículo razonamiento es invención del Sr. Gaduel; sea esto dicho sin negarle el derecho de que desde las alturas de su genio tenga lástima de la lógica de Donoso.

"Lamennais y varios de sus discípulos sostuvieron que cada hombre de por sí es falible, pero que el género humano tomado en conjunto es infalible. El ilustre Sr. Donoso era muy perspicaz para no ver una grosera contradicción en semejante sistema, y que sin una promesa particular de infalibilidad, que ciertamente no se ha hecho á cada hombre, claro es que si cada hombre es falible, también lo será el género humano. Por lo cual el Sr. Donoso se decide con resolución completa sobre este punto, diciendo que *la incertidumbre—consecuencia, según él, de la falibilidad humana,—está—dice—de una manera esencial en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados.* La única dificultad que esto ofrece es que no se puede de este modo explicar cómo entra la fe en el espíritu humano. Y sí, según sus precedentes, está para la fe cerrada la puerta de la razón individual, y con esto queda la de la razón general también cerrada, ¿qué resta sino que entre la fe como pueda, *januis clausis*, milagrosamente..."

¿Quién no admirará la conveniencia de esta aplicación de la Sagrada Escritura? El Sr. Gaduel se figura según parece, que la fe entra en el entendimiento *por la puerta de la razón*, y sin ningún auxilio sobrenatural, como cualquier doctrina filosófica. Parece que olvida que la fe es un don de Dios, y no una conquista de nuestro espíritu; y que en el orden sobrenatural nada podemos sino con la gracia y por la gracia. Sin duda que la razón no permanece inactiva; ayudada de la revelación y de la gracia, conduce á la fe, pero este auxilio le es indispensable. Pero en la hipótesis que discute Donoso en este capítulo, se tratan de hombres que quieren, desentendiéndose de la revelación y de la Iglesia, encontrar por sí mismos, y por la mera discusión, el medio de discernir la verdad del error en todo aquello que es necesario al hombre, á la familia y á la sociedad; y á ellos se dirige Donoso cuando les dice que están en contradicción los unos con los otros, y que todos pueden errar, pues siendo todos falibles, no puede la discusión darles la infalibilidad que no está en ellos; diríjense, pues, á la Iglesia, y con ella podrán lo que sin ella no pueden. De que el hombre tenga ojos y pueda, hasta cierto punto, andar en tinieblas, no deducirá el Sr. Gaduel que no necesite la luz del sol. Donoso no niega que se vea con la razón, ni tampoco desconoce las pálidas luces que en la noche del pecado la iluminan; sino afirma que le es necesaria la luz del día.

mente á sus divinas inspiraciones. Con la fe vencerá su ignorancia; con su paciencia el dolor, y con su resignación la muerte: la muerte, el dolor y la ignorancia no existen sino para ser vencidas por la fe, por la resignación y por la paciencia.

Síguese de aquí que sólo la Iglesia tiene el derecho de afirmar y de negar; y que no hay derecho fuera de ella para afirmar lo que ella niega, para negar lo que ella afirma. El día en que la sociedad, poniendo en olvido sus decisiones doctrinales, ha preguntado qué cosa es la verdad, qué cosa es el error, á la prensa y á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas, en ese día el error y la verdad se han confundido en todos los entendimientos, la sociedad ha entrado en la región de las sombras, y ha caído bajo el Imperio de las ficciones. Sintiendo, por una parte, en sí misma una necesidad imperiosa de someterse á la verdad y de substraerse al error, y siéndole imposible, por otra, averiguar qué cosa es el error y qué cosa es la verdad, ha formado un catálogo de verdades convencionales y arbitrarias, y otro de soñados errores, y ha dicho:—Adoraré las primeras y condenaré los segundos—ignorando, tan grande es su ceguedad, que adorando á las unas y condenando á los otros, ni condena ni adora nada, ó que si condena y si adora algo, se adora y se condena á sí misma.

La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado el mundo del caos. Su intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestión la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la verdad religiosa; verdades primitivas y santas, que no están sujetas á discusión, porque son el fundamento de todas las discusiones; verdades que no pueden ponerse en duda un momento, sin que en ese momento mismo el entendimiento oscile, perdido entre la verdad y el error, y se oscurezca y enturbie el clarísimo espejo de la razón humana. Eso sirve para explicar por qué, mientras que la sociedad emancipada de la Iglesia no ha hecho otra cosa sino perder el tiempo en disputas efímeras y estériles, que teniendo su punto de partida en un

absoluto escepticismo, no pueden dar por resultado sino un escepticismo completo, la Iglesia, y la Iglesia sola, ha tenido el santo privilegio de las discusiones fructuosas y fecundas. La teoría cartesiana, según la cual la verdad sale de la duda, como Minerva de la cabeza de Júpiter, es contraria á aquella Ley divina que preside al mismo tiempo á la generación de los cuerpos y á la de las ideas, en virtud de la cual los contrarios excluyen perpetuamente á sus contrarios, y los semejantes engendran siempre á sus semejantes. En virtud de esta ley, la duda sale perpetuamente de la duda, y el escepticismo del escepticismo, como la verdad de la fe, y de la verdad la ciencia.

A la comprensión profunda de esta ley de la generación intelectual de las ideas se deben las maravillas de la civilización católica. A esa portentosa civilización se debe todo lo que admiramos y todo lo que vemos. Sus teólogos, aun considerados humanamente, afrentan á los filósofos modernos y á los filósofos antiguos; sus doctores causan pavor por la inmensidad de su ciencia; sus historiadores obscurecen á los de la antigüedad por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios*, de San Agustín, es aun hoy día el libro más profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado á los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus Concilios, dejando aparte la divina inspiración, son el monumento más acabado de la prudencia humana. Las leyes canónicas vencen en sabiduría á las romanas y á las feudales. ¿Quién vence en ciencia á Santo Tomás, en genio á San Agustín, en majestad á Bossuet, en fuerza á San Pablo? ¿Quién es más poeta que Dante? ¿Quién iguala á Shakespeare? ¿Quién aventaja á Calderón? ¿Quién, como Rafael, puso jamás en el lienzo inspiración y vida? Poned á las gentes á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán:—Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara.—Ponedlas á la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán:—Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante.—Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán:—Por